

ALFAGUARA



Ray Loriga

Caídos del cielo



Ray Loriga

Caídos del cielo

Diseño de la colección: A.M.3
Diseño de la portada: Alberto Castilla
Fotografía de la portada: © Alberto García Alix
Fotografía de la solapa: © Jorge Represa

Primera edición: abril, 1995

© 1995, Ray Loriga
Editado por Plaza & Janés Editores, S. A.

ISBN: 84-01-38526-1

«Prefiero ser flaco que famoso.»
Jack Kerouac

DEJAD A LOS NIÑOS TRAN- QUILOS

1

—¿Y ahora qué?

No sabía muy bien a qué se refería. Llevaba toda la mañana con el estómago revuelto. Con un dolor en el estómago. Un dolor agudo, como un clavo. Lo sé porque me lo dijo ella misma antes de darme la pistola. La pistola no era suya. Eso se dijo, pero no era cierto. La pistola era de él. Se dijeron muchas tonterías, da igual, era de él. Seguro. Una pistola grande, automática, negra.

—No se mueve.

—Ni se moverá, está más muerto que yo.

—Tú no estás muerto.

—Lo estaré.

Tenía razón. Dos horas después le pegaron tantos tiros que hacía falta quererle mucho para ir a mirarlo. Mamá no fue. Nadie le quería mucho. Nadie le quería nada. Ella tampoco. Ella había visto todas esas películas de asesinos juveniles. Estaba en babia. Pero de eso al amor hay un paseo.

—No da asco.

—No.

—Tampoco da mucha pena.

—Da lo que da, vámonos de aquí.

Subió al coche, se acordó de mamá, seguro, se acordó de mamá diciendo: Algo me dice que todo esto estará limpio mañana. Arrancó el coche y dijo:

—Algo me dice que esto no va estar limpio mañana.

2

Cuando alguien me pregunta, los de la tele por ejemplo, siempre digo que no me parecía nada bien lo que hacía. Porque es la verdad y porque a mamá le daría algo si se me ocurre no decir eso. Pero, las cosas como son, mal no me caía. Además, qué coño, era mi hermano. Los de la televisión son la hostia. Mira que hacían preguntas. Preguntas estúpidas, además. Que si alguna vez me disparó. ¡Si era mi hermano! Y con la puntería que tenía. Estaría muerto. Más muerto que un perro que tuvimos que se llamaba *Dark*, por la película *Darkman*, esa en la que un tío se convertía en todo, en cualquier cosa. A él le encantaba, la película y también el perro. Lo atropelló un camión.

—Voy a dejar que vengas conmigo, aunque sé que es una estupidez.

—Cómo lo sabes.

—Lo sé.

Después se quedaron los dos callados. Él conducía muy deprisa, tanto que asustaba. Muy deprisa y muy bien. Al rato ella empezó a hablar. Hablaba mucho.

—A mi madre la pilló mi padre en la cama con otro tío...

Él la cortó a la mitad.

—¿Tú me quieres?

—¿Qué?

—Que si me quieres.

—Claro, ¿quieres que te la chupe?

—Tú se la chupas a todo el mundo.

—Y tú matas a todo el mundo, que es peor.

—Vaya un razonamiento.

No dijeron nada más. Cincuenta kilómetros después, él abrió la puerta del coche y la echó fuera de un empujón. No iba de prisa. Él nunca hacía daño a las chicas. Y menos a ella. Creo que hasta le gustaba un poco.

Lo primero que hay que decir aquí es que mi hermano no era marica. Virgen sí, pero marica no. O a lo mejor sí. Qué más me da. Lo que me jodió es que los de la televisión dijeran que era marica sin conocerle de nada. Y todo por algo que ella dijo, sin querer. Los de la televisión se creen que como no matan a nadie ya son la hostia, pero andan muy equivocados. Yo te juro que no he visto a nadie más mezquino que esos tíos.

A mí, antes, la televisión me gustaba. Ahora ya no la puedo ni ver.

Por otro lado he de reconocer que yo también soy virgen. Y, desde luego, marica no. No tiene nada que ver lo uno con lo otro. No es que no quiera, de verdad, es que no veo cómo.

Tres días antes de pegarle un tiro al tío de la gasolinera ella se había empeñado en subirse con él al coche y en ir con él a todas partes y luego en que se la tirara. Estaban en el asiento de atrás.

—Por qué no me la metes.

A ella le encantaba hablar así.

—Aquí no. Es demasiado estrecho.

—Vaya una tontería. Hay sitio de sobra.

—Además, aquí es donde dormimos.

Dormían allí porque no tenían edad para entrar solos en los hoteles. Ella a lo mejor. Pero él parecía incluso menor de lo que era.

—Todo el mundo folla donde duerme.

—Yo no soy todo el mundo.

Así era como él zanjaba las cosas cuando veía que se le escapaban de las manos. Podías estar seguro de que después de eso no había nada. Se acabó.

Hablaba como en las películas, y ni siquiera iba tanto al cine. Esa era otra. Los de la televisión lo pintaron como el loco de la tele. Ponían películas, trozos de películas, y decían que era lo mismo. Pues no señor, no lo era. Mi hermano no era un demente de esos que andan repitiendo lo que ven en el cine. Mi hermano tenía una pistola y se cargó a dos tíos que a saber si no se lo tenían más que ganado. Bruto era, no digo yo que no, pero loco para nada.

Traté de explicárselo a mamá, pero ella prefería creerse lo que decían por la tele. ¡Ella, que era su madre! Estaba imposible. No se le podía hablar. Claro que también era normal. Cuando iba por la calle le decían: mira ésa es la madre del ángel de la muerte. Le llamaban así, los de la tele, porque era más guapo que la hostia. Cuando sacaron la foto en los periódicos las chicas se volvieron locas. Empezaron a mandar miles de cartas. Todavía las tengo. Cartas de amor y eso. También le escribían chicos, los más dementes, esas cartas las he tirado.

Él no se enteró de nada de esto. Cuando empezaron a llegar las cartas ya había muerto.

Aún le siguen escribiendo. Como a un fantasma. Le cuentan de todo.

También le escriben a ella, me lo ha dicho.

Ella quería ser cantante.

—¿Por qué llevas esos saquitos? ¿Qué tienen dentro?

—Lentejas.

—¿Lentejas?

—Sí, es un buen ejercicio. Me las pongo en el abdomen, me da mayor capacidad respiratoria. ¡Se canta con el estómago!

—¿Lentejas para cantar? Nunca lo había oído.

—Hay muchas cosas que tú nunca has oído, señor asesino, como por ejemplo follar. Estoy segura de que no sabes ni lo que es.

—O como, por ejemplo, disparar contra una chica a quemarropa. Que no lo haya hecho aún no quiere decir

que no pueda hacerlo.

La verdad es que no le gustaba que le tocasen las narices.

Supongo que ella se asustó bastante. A mí me dijo que le hacía gracia, pero estoy seguro de que le daba miedo.

A veces, no siempre.

3

El verano lo pasábamos en el mar. Todos los años. Él lo odiaba. No el mar, le gustaba mirarlo y bañarse solo, cuando ya era de noche. Odiaba la playa. Los tíos que ligaban en la playa. El concepto playa le volvía loco. No sé si está bien eso del concepto pero supongo que se entiende lo que quiero decir. Digan lo que digan en la tele, a él los tíos no le gustaban nada. Odiaba casi todo lo que los otros chicos consideran natural amar. Las bicicletas, el windsurf, las tetas grandes, la playa. No quería tirarse de ningún sitio, ni quería subir a ningún sitio muy alto, sólo quería que le dejaran en paz. A lo mejor era marica. Yo qué sé. Tampoco soy un experto. A mí los maricas me caen muy bien. A mí la verdad es que me cae bien todo el mundo.

A mi hermano no.

—¿Vas a estar todo el día sin hacer nada?

—Déjame en paz, ¿qué quieres que haga? Estoy en la playa. Eso es lo que hago, estar en la playa. ¿Qué estás haciendo tú que sea tan importante?

—Yo estoy leyendo.

—Vaya una cosa.

Hay que tener en cuenta que yo entonces era un crío. Ahora leo mucho.

—No te das cuenta, pero leer es lo mejor. La televisión está bien, y sobre todo las películas *Darkman*, *Thelma y Louise*. Ya sabes que a mí *Terminator* me gusta como al que más, la primera, la segunda es una mierda, pero leer es distinto, y también es lo mismo, todo a la vez.

Me reventaba cuando primero se ponía razonable y después no había manera de seguirle. Prefería que matase gente a que hiciera eso.

—Lee todo lo que quieras, que yo voy a nadar hasta la boya.

Siempre quería nadar hasta la boya pero nunca llegaba. Cuando me enfadaba de verdad quería llegar hasta la boya, pero me agotaba a mitad de camino.

Él iba hasta la boya y volvía como si nada cuando creía que nadie le veía.

La boya estaba muy lejos.

4

La sangre da asco. A todo el mundo le da asco. Quiero decir que eso no es ningún descubrimiento.

Mamá volvió a decirlo.

—No sé cómo no le da asco la sangre.

Decía no sé cómo no le da, pero debería haber dicho no sé cómo no le daba, porque cuando le enseñaron las fotos él ya estaba muerto. En otra foto. Pero ésa no se la enseñaron.

—Pobre gente, están hechos una pena.

Estaba mirando las fotos de la policía. Los policías le trajeron mil fotos de los dos muertos, como quien dice: Vea señora que no hemos tenido más remedio.

Mi madre le daba vueltas a la foto. Como esos cuadros abstractos que no sabe uno cómo ponerlos. Mi hermano le había disparado en la cara. Yo al principio no quise ver las fotos pero luego las vi. No eran nada agradables, me costó relacionarle a él con aquellas fotos. Él era más guapo que la hostia.

Por cierto, no tengo nada contra la pintura abstracta.

Me encanta. En realidad lo que no soporto es la pintura realista. En el colegio nos llevaron a ver una exposición de Antonio López y casi me muero. No he visto nada más feo en mi vida.

Sé que los que saben de arte nunca dicen que nada es feo. Pero aquello era feo. De verdad. Feo como un demonio.

Mi madre seguía hablando sola.

—Y esa ropa que lleva...

A mi madre le parece que hay una relación directa entre llevar los vaqueros rotos y matar a la gente.

La policía seguía pasándole fotos por delante de las narices. Hacían como que la compadecían, pero en el fondo pensaban que ella tenía algo de culpa, que todos teníamos algo de culpa.

Había uno en la puerta con cara de bueno, era el único que iba de uniforme.

—Es que unos chicos sin padre.

No paraba de mirarme. Dijo eso del padre mirándome. Como diciendo, señora, éste es el próximo, si quiere se lo mato ya y acabamos antes.

Si hay algo que me revienta es la historia esta del padre. Conozco a un millón de imbéciles que tienen padre. La gente dice estas cosas sin pensar y se creen que con eso ya se explica todo. No tiene padre y es un asesino, como el que dice, vive en una casa de ladrillo visto y es bombero.

Brillantes razonamientos de policía.

Más fotos. A mi madre la estaban volviendo loca a la pobre.

—Fíjese, señora, un disparo en plena cara, un hombre con familia. Es una vergüenza.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé.

No sabía lo que se decía, el policía era por lo menos diez años mayor que ella..

Mi madre es muy joven, y muy guapa.

—A éste habrá que atarlo corto.

Yo estaba sentado en un rincón y no decía nada. Me escurría del sillón de piel y casi me caía al suelo, pero no me atrevía a abrir la boca.

Aquello era como cuando en una casa hay dos gatos y uno se acaba de comer al canario. Yo era el segundo gato.

Y el mundo está lleno de canarios.

5

—Puede que sea yo el que te mate.

No había acabado de decirlo y ya le había volado la gorra al vigilante. Un solo disparo, el primero. Casi sin querer.

El vigilante cayó hacia atrás, tenía la cara llena de humo. Después de eso, ya no se movió mucho más.

Yo no sé si ustedes han estado alguna vez en uno de esos sitios en los que se puede comprar de todo; revistas extranjeras, whisky, flores, latas de sopa, películas de vídeo. Da igual, el caso es que los vigilantes de estos sitios son los tíos más gilipollas del mundo.

La cosa funciona así; te compras algo, te dan un ticket, entras en el bar a tomarte algo, pierdes el ticket, tratas de salir del local, te agarra el guardia, te pide el ticket, no lo tienes, te menea, luego tú le miras con ganas de matarlo.

Él le añadió algo.

Sacas una automática, una pistola negra como un demonio, y le saltas la cabeza.